

aquellos torneados y ebúrneos brazos; aquellas voces de timbre entre gallo y pollo; aquellos movimientos voluptuosos del sexo feo, dizque disfrazado de bello. Banuet salió de *Calle de Sevilla*, y, la verdad, parecía *soldadera*: yo le hubiera nombrado la *calle de la Merced*. A Concha Valero de *Caballero de Gracia*, sólo la conocimos por la voz. Hortensia Gutiérrez, de *Paseante en Cortes*, estaba monísima. Salió Obregón de *Menegilda* y, francamente, de los hombres era el menos feo; blondo cabello, rubio como rayos de sol, mejillas con los tintes de la aurora, ojos de carnero á medio morir, talle... leve (?), miradas pudorosas unas veces, picaronas otras. Inútil es decir que la locura del público *estalló*. Y mucho más cuando salieron los tres *ratas*. ¡Qué ratas! la Plá, la Gallardo, la Quiles: la popular *jota* fué repetida. Lo que sí no gustó fué el coro de *marneritos*: el cambio no estuvo bueno. Para complemento de la fenomenal guasa, Gutierrez salió á cantar el *Eliseo Madrileño*, vistiendo falda de seda azul y rosa muy corta para poder lucir la pierna con media negra y unos calzones de piquitos, que... válgame Dios! lucía un coqueto lunar en las *rosas* de sus mejillas, y llevaba peinado alto y *choclo* azul realzando el *diminuto* pie. El público salió satisfecho á la una y treinta y cinco minutos de la madrugada!...'' Estas farsas que los actores y las actrices *exornaban* con grotescas é indecorosas imitaciones de movimientos y monerías del sexo cuya caricatura hacían; las exhibiciones de torpes desnudeces de las *donnas* bufas de los hermanos Verona, de las cuales díjose que en el acto segundo de *La Hija de Madama Angot* habían salido sin medias; los pintorreados rostros de las coristas para las cuales había abierto un *concurso de belleza* el periodiquito *El Siglo Veinte*, eran los atractivos únicos que en ese tiempo ofrecían nuestros teatros á la parte ó muy juvenil ó muy gastada de la porción masculina de nuestra sociedad. La parte sana, las familias que saben respetarse, sólo disponían, en punto á diversiones, de los espectáculos de prestidigitación y ventrilocuismo que en el Teatro Circo daban Will. B. Wood y Edna Wood, y en el Nacional Enrique G. Enireb, que hacíase llamar *el Gran Enireb*.

El primero ya muy conocido y apreciado en México, era norteamericano y muy joven, pues, á lo que dicen, nació en Shamokin en Agosto de 1862; suya fué la invención del perfecto aparato que utiliza en los *vuelos* de la simpática Miss Edna, produciendo artística y completa ilusión. El segundo, *el Gran Enireb*, es peruano, nacido en Lima en 1860, según sus biógrafos, y fué periodista en sus primeros años juveniles y después comerciante. Como prestidigitador no es de los más diestros, y su *acto* que intitula *La Sonámbula vagando en el espacio sin sostén alguno*, no es en ningún modo comparable con el semejante ejecutado por Wood. Enireb traía consigo á Miss Eva Koning, nacida en Nueva York en Julio de 1876, que era su llamada

sonámbula. El aparato que para el fingido *sueño magnético* de Miss Eva le servía, participaba del empleado en la agradable ilusión de *la Ayesa*, teniendo de inferior al de Wood que Enireb mantenía inmóvil á su Eva, necesitando el concurso visible de dos ayudantes, en tanto que Wood hacía moverse á su Edna en todo el espacio del escenario sin dejarse ver ni él mismo. Además Edna se mostraba despierta, sonriente, yendo de aquí para allá con la más completa naturalidad, mientras que Eva simulaba un profundo sueño artificial, quedando como figura muerta sin expresión ni atractivo.

Suspendamos aquí nuestra tarea tan fatigosa hoy como grata no hace mucho.

## CAPITULO IV

1893.

Cuando la compañía de los hermanos Pío y Francisco Verona miraba en Arbeu trocada en bonancible su contraria suerte en el Nacional; cuando en unas diez ó doce funciones habían entrado en contaduría casi cinco mil pesos que hasta allí sólo en la columna del *Debe* registraba el contador de la empresa; cuando la *prima donna brillante*, como los prospectos calificaban á Pina Penotti oía en el Coliseo de la calle de San Felipe los aplausos que jamás obtuvo en el de la calle de Vergara; cuando ya se creía asegurada la suerte de los bufos italianos, de improviso y sin que nadie se lo esperase, circularon con indecible profusión en la Capital unos papelitos de color encarnado sucio, que decían: "Teatro Arbeu. — Compañía de opereta Italiana. — Aviso al público. Habiéndose desaparecido los Empresarios Hermanos Verona, y abandonado la Compañía y á sus compatriotas la Sra. Pina Penotti, los artistas que forman dicha Compañía de opereta Italiana, han resuelto continuar sus trabajos, confiados en que el bondadoso público mexicano les prestará su apoyo y decidida protección, en vista de la difícilísima situación en que se encuentran, sin recursos ningunos y á más de tres mil leguas de su país. — México, Agosto 8 de 1893. — *La Compañía Italiana*."

¿Qué había pasado en las intimidades de la Empresa? Nadie lo sabía á ciencia cierta, excepto los interesados, que muy bien se guardaron de decirlo; pero la murmuración, dando por ciertas sus suposiciones dejábase decir que los Verona después de fingir un documento que debía impedir que las decoraciones, atrezzo, vestuario, y papeles



de música y archivo pudiesen ser embargados, habíanse huído con la mayor parte del producto de la breve temporada de Arbeu; que la empresa del Principal, perjudicada con el éxito de las *tandas italianas*, había influido, por medio de sus amigos y de algunos de sus artistas, en ganarse á la Penotti, para que aquello se lo llevase el diablo, intriga que habiendo llegado á noticia de los Verona los determinó á emprender la fuga susodicha antes de encontrarse imposibilitados de trabajar con un cuadro genuinamente bufo, que no podría sostenerse faltándole la *prima donna bufa*. Lo cierto es que otros incontables papelitos blancos con letras rojas circularon á su vez profusamente diciendo, así: "*Teatro Principal*.—La empresa de este teatro tiene la satisfacción de anunciar que ha contratado á la distinguida primera tiple cómica Srita. Pina Penotti, y que hará su debut el jueves 10 del corriente.—México, 8 de Agosto de 1893." Como se ve la fecha es exactamente la misma en el papelito de la Compañía Italiana, y en el de la Empresa del Principal.

Visto con calma el suceso nada tenía digno de llamar la atención ni de provocar escándalo. Siempre ha sido cosa común y corriente que un empresario que anda mal no vea con buenos ojos á un rival que marcha bien, y que aquél procure perjudicar á éste: es del mismo modo común y corriente que el actor á quien se le brinda con un buen sueldo le acepte sin vacilaciones, siempre que ese sueldo sea superior al que disfruta cuando es solicitado. Esto fué lo que en resumidas cuentas sucedió entre la Empresa del Principal y la Pina Penotti.

Pero el público no vió todo esto con la calma conveniente, y las doloridas quejas de los artistas italianos abandonados por sus empresarios y por su primera actriz, determinaron en él una fuerte corriente de simpatías hacia el infeliz que se ve sólo y sin recursos y en país extranjero, y esa corriente se resolvió en un arranque de inusitado odio á la artista tráfuga. Nosotros que siempre hemos admirado y aplaudido lo digno y lo noble, no podemos dejar de aplaudir ese generoso impulso del público mexicano. A él se debió que las funciones organizadas por los artistas abandonados se viesan muy bien concurridas, y si esos artistas hubieran sido capaces de mantenerse unidos y en acuerdo, no creo que hubiesen hecho ellos solos una larga temporada, que eso era un disparate, pero sí puede afirmarse que habrían logrado reunir los recursos suficientes para volver, más ó menos modestamente, á sus hogares y á su patria. Pero unión y acuerdo faltaron, y diéronse á las rencillas, enemistades, insubordinaciones y pequeñeces naturales é irremediables entre la mayoría de la gente de teatro, y un día llegó en que los empresarios mexicanos que quisieron ayudar á los desventurados italianos, renegaron de sus buenas intenciones y desistieron con sobradas razón y justicia de su empeño en

dirigir á quienes, como dice el poeta de *Campanone*, no se dejan dirigir.

Pina Penotti procuró á su vez contrarrestar aquel arranque de odio del público, y firmó una manifestación que decía: "He visto en las esquinas y han llegado á mis manos algunos papelitos que mis compatriotas los artistas de la Compañía Italiana han lanzado al público. En dichos anuncios se trata de mi persona, afeándome la conducta que he seguido con ellos, y como esto puede menoscabar la estimación que hasta hoy he merecido del público mexicano, á él me dirijo, para que después de saber los hechos tal como han pasado, vea que mi comportamiento ha sido correcto, como artista y como mujer.—Al abandonar los Sres. Verona la empresa de la cual eran directores y propietarios, haciendo saber que daban por disuelta la Compañía, yo, que con ellos solamente tenía mi contrato, quedaba por este hecho libre de todo compromiso.

"Del público de México he recibido inequívocas pruebas de cariño, y suponiendo que mis compañeros, una vez entregados á sus propios recursos no habían de tener más aspiración que la laudable de volver pronto á su patria, cosa que á mí no me convenía, busqué medio de quedarme en esta hermosa Ciudad, solicitando contrato de los Sres. Arcaraz hermanos y Cía., cuya solicitud fué inmediatamente aceptada. Realizados estos hechos, mis compañeros, mis compatriotas, me tacharon de ingrata, asegurando que los había abandonado á sus propias fuerzas, en un país extraño y á más de tres mil leguas del suyo. No creí nunca que hubiera tal abandono, porque en las cláusulas de mi contrato no había ninguna que dijese que yo tenía obligación de velar por todos y cada uno de los artistas que formaban la Compañía, pero á pesar de todo, exponiéndome á las censuras de mi nueva Empresa, y para demostrarles que no era tan ingrata como ellos me creían, el martes por la noche me presenté en el Teatro Arbeu para hacer la *Mascota*, cosa que no consintieron mis compañeros, por lo cual me retiré pensando en lo difícil que es á un artista dar gusto á todo el mundo. Estos son los hechos, y ahora, que el público juzgue mi conducta.—*Pina Penotti*."

La contestación de la Compañía no se hizo esperar, impresa en enormes cartelones blancos con letras azules y encarnadas, que decían:

☛ "*Al Público*.—Mentís á la Sra. Penotti.—Ha llegado á nuestro poder una hoja suelta en la que la Sra. Pina Penotti trata de justificarse ante el público mexicano, y de censurar nuestra conducta al declarar nosotros que nos abandonaba á nuestras propias fuerzas y en un país extraño á más de tres mil leguas de nuestra querida patria. Hé aquí las palabras textuales de la Sra. Penotti: "No creí nunca que hubiera tal abandono.... (aquí el párrafo que comienza así



y concluye *dar gusto á todo el mundo.*) Ahora contestamos nosotros: es cierto que la Sra. Penotti no tiene que velar, según su propia confesión, por los artistas que forman la Compañía de Opereta Italiana, pero sólo estas frases de ella tienen que condenarla ante el noble público mexicano, pues demuestran claramente cuán ingrata é inhumana es, la que ayer era todavía nuestra compañera de arte, porque no somos nosotros humildes artistas, los que nos hemos declarado jueces para juzgar de su conducta, sino la misma opinión pública y la prensa que ya han dado su fallo en lo que se refiere al proceder de la tiple Penotti. Dice además que el martes en la noche se ha presentado en el Teatro Arbeu, ofreciéndose á desempeñar el papel de *Betina* en la opereta *La Mascota*, que se ponía en escena esa noche; pero la Sra. Penotti olvida probablemente que nuestra compañera la Sra. Landi estaba ya anunciada para desempeñar el citado papel, y previa autorización de la autoridad. ¿Quería la Sra. Penotti que á última hora siguiéramos su ejemplo, y fuéramos inconsecuentes con la bondadosa compañera Sra. Landi? Si ella está acostumbrada á faltar á todas las consideraciones de compañerismo, nosotros no. Además, sus miras eran indudablemente solo las de recoger su guardarropa, que por orden de la autoridad se encontraba depositado en poder del propietario del Teatro Arbeu. Al atrevernos á lanzar esta acusación, es porque nos autoriza á ello la conducta seguida por la tantas veces citada señora, la que horas antes de presentarse en Arbeu, manifestó con enfado á muy respetables caballeros que ocurrieron á ella con el fin de suplicarle no abandonara á sus desgraciados compañeros de arte: “*que se mueran de hambre, á mí qué me importa,*” é instantes después consultaba qué haría para poder recoger el guardarropa, que casi en su totalidad pertenece á los Verona. ¿No es de suponer que alguno de aquellos que por halagar á la tiple aconsejan una infamia, le hayan dicho ocurra á nosotros, haciéndonos creer que volvía á reparar su falta, y después de engañarnos vilmente nos volviese á abandonar ya con el deseado guardarropa? La conducta de la Sra. Penotti con nosotros, era para suponer que tal era su intención. Ahora que ya hemos dado un mentís al suelto de la Sra. Penotti, el ilustrado público mexicano juzgue sobre la conducta de ella y la nuestra. Esperamos con tranquilidad el fallo.—México, Agosto 10 de 1893.—*La Compañía Italiana.*”

La Penotti no contestó á sus compañeros, sino que en el programa de su función de estreno el jueves 10 de Agosto, dijo así: “*Al Público.*—Terminados mis compromisos con la Empresa hermanos Verona, y no queriendo abandonar tan pronto la hermosa y hospitalaria Capital de la República Mexicana, donde tantas demostraciones de cariño y simpatía tengo recibidas, no he vacilado en emprender una nueva senda en mi carrera artística, contando con que el ilus-

trado público tan galante y fino conmigo siempre, lo será una vez más, dispensándome las faltas que pueda cometer al representar las obras escritas en lengua de Cervantes. Grande es mi voluntad, ilimitado mi estímulo, y mayor aún la ciega confianza que el público me inspira; por eso, llena de sincera gratitud, me lanzo en una senda para mí nueva y desconocida, no por hacer gala de mis aptitudes, bien escasas por cierto, pero sí ansiosa de permanecer algún tiempo más, bajo el hermoso y puro cielo mexicano. Si logra merecer como hasta aquí el favor de este galante auditorio, se conceptuará completamente feliz y dichosa *Pina Penotti.*”

A esta manifestación seguía el orden del espectáculo organizado por *tandas*; la primera se llenaría con la zarzuela en un acto *Los aparecidos*, letra española y música de Luis Arcaraz: la segunda, tercera y cuarta, seríanlo con la opereta de Suppé *Doña Juanita*, corriendo el papel de la protagonista á cargo de Pina Penotti. Como pudiera suceder que no fuese yo imparcial en la narración de este escándalo, copio aquí el relato que de él hizo el periódico *El Universal*, y dice así: “Presentación de Pina Penotti en el Teatro Principal. — Escándalos. — Manifestaciones del público. — Desde que Pina Penotti se separó de la compañía de opereta italiana, el público afecto á teatros comenta de mil maneras esta acción de la graciosa artista. Los que tienen en cuenta más los sentimientos que la razón, la juzgan mal, porque trae por consecuencia la miseria de cerca de sesenta italianos, todos compañeros de Pina Penotti.

“Este juicio debía manifestarse con más libertad y palpablemente, la noche del jueves, en que apareció dicha artista en las tablas del Principal. Para mitigar las exaltaciones de los ánimos, que la tachaban de ingrata, publicó un suelto en que explicaba su conducta, el cual, horas antes de su *debut*, fué contestado por sus paisanos. Esto auguraba una tempestad á su presentación y más por ésto que por otro motivo, hubo buena entrada en el Principal.

“Y así fué; dadas las ocho empezaron á ser invadidos el vestíbulo, los pasillos, el patio y las galerías. Se decía que iba á haber una silba espantosa y ceceos y gritería. En efecto, el público se cambiaba miradas en las que se adivinaba la inquietud y la curiosidad por presenciar lo que dentro de breves instantes iba á ocurrir en aquel teatro.

“En las galerías, momentos antes de que comenzara la función, aparecieron algunos coristas de la opereta italiana. Para no hacerse sospechosos, aplaudían.

“Luego que se levantó el telón se presentó un artista á manifestar que Pina Penotti esperaba de la galantería del público, que la excusara las faltas de pronunciación del castellano. Apenas se escuchó tal manifestación, se oyeron silbidos y ceceos.